

dschach quiso celebrarlo. Iljatz mató un carnero y aderezado que estuvo lo mandó al comedor. Acabada la comida y bebido el té, refrescaron los comensales con cumis. Dueño y huésped sentáronse en blandos cojines, vaciaron sus tazas y se entretuvieron charlando. Cuando Iljatz hubo concluido su faena, pasó por delante del comedor. Vióle Muchamedschach, y dijo á su pariente:

—¿Has visto á este anciano?

—Sí. ¿Pero que tiene de particular?

—Había sido riquísimo. Iljatz es su nombre. Seguramente habrás oído hablar de él.

—Ya lo creo. Su nombradía alcanzó muy lejos.

—Pues nada posee ya. Vive con nosotros como jornalero junto con su mujer, que ordena las yeguas.

Quedó el huésped sorprendido, dió un chasquido con la lengua, meneó la cabeza y dijo:

—La felicidad se parece á una rueda: mientras á unos los levanta á las mayores alturas, á otros los echa por tierra. ¿Deberá estar muy afligido el viejo?

—No sé. No habla apenas, vive para sí, y trabaja cumplidamente.

Después añadió el huésped:

—¿No podría hablar con él? Quisiera preguntarle sobre su vida.

—Claro que sí, al momento; — y Muchamedschach llamó á Iljatz:

—Abuelo, entra; beberás cumis. Tráete á tu mujer.

Iljatz y su esposa entraron. Iljatz, una vez saludado, rezó, y se puso á la puerta en cucullas; su esposa buscó sitio detrás la cortina, cerca la dueña de la casa.

Tomó Iljatz una taza de cumis, hizo una reverencia, bebió un poco, y volvió á colocar la taza á su puesto.

—¿Qué tal te va, abuelo?—empezó á decir el huésped.—Al contemplarnos, honda tristeza debe dominarte, pues compararás lo feliz de tu vida anterior, con tu pobreza de ahora.

Sonrió Iljatz y dijo:

—Si te hablara yo de felicidad, no me creerías. Pregúntalo á mi esposa: lo que anida el corazón de una mujer fácilmente lo descubre la lengua. Ella te dirá la verdad.

Y el huésped la dijo:

—Dime, abuela, ¿qué piensas de tu felicidad pasada y de tu actual pobreza?

Y ella, de detrás de la cortina, dijo:

—De esta manera pienso yo: Cincuenta años que vivo con mi viejo, y en vano buscábamos la felicidad: nunca la encontramos. Y un año hace que nos quedamos sin nada, y vivimos

como jornaleros, y ahora, por primera vez, hemos encontrado la verdadera felicidad, y no deseamos otra.

Sorprendió la contestación al huésped como al dueño de la casa, y tiró éste de la cortina para contemplar á la vieja. Y la abuela estaba allí, con los brazos cruzados, sonriendo y contemplando á su esposo, que también sonreía. La vieja añadió:

—Digo la verdad, no me chanceo: buscamos durante medio siglo la felicidad, y en tanto fuimos ricos no la encontramos; ahora que nada nos queda, ahora que ganamos el pan bajo techo que no es el nuestro, ahora hemos encontrado la felicidad.

—¿Pero, en qué consiste vuestra felicidad?

—Cuando eramos ricos, no teníamos momento de sosiego; nada podíamos decirnos, ni pensar en nuestra alma, ni orar. ¡Qué de cuidados entonces! Llegaban los huéspedes, y para ellos nuestras atenciones. ¡Cuántas inquietudes pasábamos por la manera como debían tratarse, por no saber qué regalos hacerles, para que no se fueran con un mal concepto de nosotros! Cuando se habían marchado, el desasosiego lo motivaba nuestra servidumbre porque á ellos les gustaba descansar y comer debidamente, y nuestro anhelo consistía en aumentar nuestras riquezas, y por eso pecábamos. Seguíamos con el corazón oprimido, pensando que el lobo podría destrozarnos el carnero ó el potro; que los ladrones podían robarnos. Como el ansia no te deja dormir apúestate abajo, y que las ovejas no opriman á los corderos. Salta de la cama en medio de la noche; apenas te has tranquilizado, vuelve la inquietud, pues debes pensar en procurarte forraje para el invierno. Pero no era esto sólo; tampoco entre nosotros había concordia. El decía se debe hacer de esta manera, y yo decía se ha de hacer de aquella otra manera, y de aquí nuestros pecados y nuestras disputas. Los cuidados siguen á los cuidados, los pecados á los pecados, y no había entre nosotros un momento de felicidad.

—¿Y ahora?

—Nos levantamos, conversamos con cariño y concordia, nada tenemos que disputar, nada nos desasosiega; un anhelo únicamente nos domina, la de servir al amo; y así, para no perjudicarle y darle ganancias, trabajamos, satisfechos, según nuestras fuerzas. Al concluir la labor, comida y cena están á punto, con el correspondiente cumis. Si el frío aprieta nos calentamos á la lumbre, y nos abrigamos con pieles. También tenemos tiempo para charlar, para pensar en